

LA MATANZA DE TEL AVIV

La matanza del aeropuerto de Lydda, en Tel Aviv, es un episodio, una batalla, de la guerra de Oriente Medio a la que una versión triunfalista dio el nombre de «guerra de los seis días», que acaba de cumplir —el 5 de junio— su quinto año; y algunos años más, si tenemos en cuenta las batallas anteriores. Y el origen de todo: la expulsión de los palestinos árabes por los hebreos hacia 1948. Son estos mismos palestinos, sus hijos y ya sus nietos, los que han dado este terrible paso de la matanza de Lydda, utilizando un comando japonés. Es una guerra sucia (¿hay alguna guerra limpia?). Su episodio inmediatamente anterior fue el asalto a un avión, en el mismo aeropuerto, por agentes especiales israelíes que mataron a los dos guerrilleros que trataban de secuestrarlo y, de paso, a un pasajero: los agentes israelíes iban disfrazados de miembros de la Cruz Roja Internacional y los guerrilleros palestinos fueron sorprendidos por esta argucia. Sí, es una guerra sucia. El terrorismo no es patrimonio de ninguno de los dos bandos. Su principio es israelí: el Irgun Zvai Leumi, el Stern, fueron organismos terroristas judíos en los años cuarenta; en su haber se cuenta el asesinato de un pacificador tradicional, el príncipe sueco Folke Bernadotte, enviado especial de las Naciones Unidas, que trataba en 1949 de evitar la lucha armada. Tampoco es la primera vez que aparecen elementos extranjeros en esta lucha: la Agencia Judía Internacional enviaba fondos y agentes de todo el mundo para expulsar a los árabes palestinos por los brazos armados de las organizaciones terroristas antes citadas y por el del ejército secreto, el Hagannah. Visto con más alcance, el envío de armas y dinero por los Estados Unidos a Israel, el de consejeros y armas por la Unión Soviética a la RAU, internacionalizan más el conflicto que el comando suicida japonés. Y las matanzas, la persecución, el intento de exterminio de los refugiados palestinos —se han bombardeado campamentos de mujeres y niños— procede de una colaboración entre varias naciones, algunas de ellas árabes, y muy visiblemente la Jordania del Rey Hussein.

ESTE espantoso, siniestro episodio de la matanza del aeropuerto de Lydda está produciendo comentarios, interpretaciones, desbordamientos, que lo desplazan de su verdadero significado. Se está hablando de una internacional terrorista; se implica al maoísmo, al anarquismo, al troskismo: incluso se ha llegado a describir a la IV Internacional —troskista— como responsable de estos hechos. El responsable directo es el Frente Popular de Liberación de Palestina, que dirige el doctor Habach, repudiado por otras organizaciones palestinas; una organización que considera que la negociación es inútil, que está a punto de eliminarse definitivamente el problema palestino por la eliminación directa y por la dispersión de los propios palestinos; que entiende que esta guerra es sucia, que todo es una cuestión de manos sucias, y no pretende que las suyas sean pures. La utilización de japoneses le da un carácter mítico. Hace dos años, los palestinos intentaron secuestrar un avión israelí en Londres, y fracasaron: fue muerto a tiros uno de sus guerrilleros, y resultó ser un ciudadano norteamericano de origen nicaragüense, Patrick Argüello: nadie habló entonces de la crueldad especial de los ciudadanos de Estados Unidos ni de los nicaragüenses. No se llevó la tragedia a folklore. El nombre de la organización japonesa a la que pertenecían los tres asesinos da lugar, también, a exageraciones, especulaciones, ampliaciones del tema. Se llama Ejército Rojo. La Sekigun-ha o Unión del Ejército Rojo cuenta en Japón con unos 300 miembros. Unos se proclaman maoístas, otros troskistas, algunos anarquistas: las organizaciones japonesas que llevan esos nombres —y que cuentan con cientos de miles de afiliados— les repudia. Y han publicado comunicados desolidarizándose de esta ac-

ción y de las que posiblemente cometan otros japoneses afiliados al Frente Popular de Liberación de Palestina —se dice que hay unos 16 más adstrándose en el Líbano—. La teoría de esta organización es la de que el gobierno japonés de Sato, la ocupación invisible del país por los Estados Unidos y la rigidez de la sociedad japonesa hacen imposible una revolución en su país; prestan su energía y su fanatismo a otras organizaciones.

DESGRACIADAMENTE, este terrorismo llamado puro —matanza sin discriminación, entrega de la vida del terrorista en una misión suicida— no es ni nuevo ni original. El siglo XIX está repleto de terroristas que morían con su bomba o se lanzaban sobre las bayonetas de la guardia para poder ejecutar mejor su atentado. El siglo XX está repleto de bombas en teatros, en cafés, en plazas públicas: está pasando aquí cerca, en Irlanda, y nadie dirá que la religión católica, básica en los terroristas, o la pertenencia a la nación irlandesa, predisponen a los culpables a una mayor crueldad. Por otra parte, hay un terrorismo por elevación. Las bombas inglesas sobre Dresde, las alemanas —V-2— sobre Londres, las de fósforo sobre Hamburgo, tenían como finalidad abiertamente confesada atemorizar a las poblaciones civiles para desmoralizar la retaguardia; los bombardeos de Vietnam del Norte —hace poco, una escuela, un hospital con su cruz roja muy visible— tienen la misma intención. El terrorismo no tiene límites, los estamentos más acreditados no se alejan de él.

El ministro de Defensa israelí Moshe Dayan, rodeado de agentes de seguridad, acude al aeropuerto de Lydda, en Tel Aviv, inmediatamente después de conocerse el suceso.





El ministro de Asuntos Exteriores, Abba Eban, acompañado por el embajador japonés, Elgi Tokura, y su esposa, en el entierro del profesor Aharon Katzier, científico israelí muerto en el atentado.

TAMPOCO tiene sentido relacionar la matanza de Tel Aviv con la inseguridad de la navegación aérea, como consecuencia de atentados y secuestros que precisamente estos días parecen arreciar y que hacen fácil para el periodismo cómodo la relación. Por cierto que probablemente el primer secuestro aéreo de esta ya larga serie fue obra de un Gobierno el francés, cuando en octubre de 1956 secuestró el avión marroquí que volaba entre dos países independientes —de Marruecos a Túnez— y se apoderó de Ben Bella y otros dirigentes de la independencia argelina; les condujo a Francia y les condenó a muerte (posteriormente fueron indultados). Esta operación es propia de un comando urbano. Sus armas iban en la bodega del avión, dentro de sus equipajes; sólo al llegar a Tel Aviv las esgrimieron, en tierra, y produjeron la terrible matanza de inocentes.

LAS alusiones a una internacional del crimen, la relación de este suceso con otros actuales —como las bandas de Bader y Meins, en Alemania Occidental, como el asesinato del comisario Calabresi en Milán, como la oscura muerte de Feltrinelli en los alrededores de Milán, como las actividades terroristas del IRA—, las alusiones a un supuesto intento de subversión mundial o de destroz de instituciones, la idea de un plan conjunto que puede extenderse por toda Europa, no solamente no tienen sentido real, sino que encierran una gravedad: causar una alarma, producir una inquietud, una desconfianza. Este asunto debe ser entendido en sus puros términos. Sus puros términos son los de la situación de Oriente Medio en general, la de los palestinos en particular. Es un acto cometido por una organización conocida, con jefes conocidos, establecidos en lugares más o menos conocidos (todo esto, dentro de una clandestinidad) y continúa una larga serie de sucesos. Sin duda, la larga serie se prolongará si las grandes potencias no acuden a remediarlo o por lo menos no cesan de envenenar el problema.

CIERTAMENTE, coincide con una serie de actos de violencia, de la izquierda y de la derecha, de los irregulares y de los regulares, que pretenden considerar nuestro tiempo como el de los asesinos. Es otro error. Desde el fondo de la historia una inmensa legión de mártires, de fusilados, apuñalados, envenenados, crucificados, quemados vivos, contempla este tiempo; unas noches de Saint-Barthélemy, o de largos cuchillos, unas semanas trágicas, unas fosas comunes repletas, unos campos de concentración muy recientes, nos puede recordar que no ha habido, hasta ahora, tiempos de inocencia.

SIN tanto tópico, sin tanta carga ideológica sobre cada problema, sería más fácil evitar que matanzas como la de Lydda se siguieran produciendo.

ANGELA DAVIS: LA LIBERTAD



Angela Davis ha sido declarada inocente por un Jurado de doce personas —raza blanca en la ciudad de Los Angeles; si hubiese sido juzgada por algunos de los comentaristas españoles que «contaron» su caso no habría salvado la cabeza, la hermosa y enorme cabeza de leonada cabellera africana que se ha convertido en un símbolo de la lucha racial en los Estados Unidos.

Angela Davis figuraba al frente de la lista de las diez personas más buscadas por la Policía de los Estados Unidos en agosto de 1970. En el mes de junio de aquel año, la Universidad de Los Angeles la había negado la renovación de su contrato de profesora de Filosofía por falta de créditos; en realidad, por sus actividades políticas. Se había interesado profundamente por el caso de los «hermanos Soledad», tres prisioneros negros a los que se había acusado de la muerte de un vigilante —blanco—, y ello la había valido, además de su irradiación de la Universidad, cartas y llamadas con amenazas de muerte. Angela Davis fue protegida por un guardia de «corps», Jonathan Jackson, hermano de uno de los hermanos Soledad, George Jackson, al que se daría muerte en agosto de 1971 con el pretexto de un intento de fuga. Pero Jonathan Jackson, con otros activistas negros, intentó un asalto al Tribunal de San Rafael para secuestrar al juez Haley, que juzgaba unos acusados negros; en el tiroteo murió el juez, dos testigos y uno de los acusados. Angela Davis fue inmediatamente considerada como culpable: se encontraron sus cartas a George Jackson —cartas de amor— y se dijo que era ella la que había organizado la conspiración, quien había adquirido las armas y quien había pasado al menos una pistola a la sala del Tribunal escondida en su enredada cabellera. Angela Davis se fugó: su busca duró cinco meses, y en diciembre de 1970 fue hallada y detenida. Se declaró inocente. Una campaña mundial se desencadenó en su favor, en la que participó muy destacadamente el novelista, dramaturgo, poeta y ex prisionero francés Jean G n t (su artículo fue publicado en TRIUNFO). Si la participación de Angela Davis hubiese sido probada, Angela Davis hubiese sido condenada a muerte. Pero el Jurado ha encontrado que no hay pruebas suficientes para ello, a pesar de que de los ciento ochocientos testigos que han desfilado en un rápido juicio de tres días —comenzó el viernes de la semana pasada, y este domingo, 5 de junio, ha sido declarada inocente— sólo once eran de la defensa y noventa y siete de la acusación.

«No hemos tenido en cuenta su afiliación política ni su raza para este asunto —ha dicho el Jura-

do—, solamente los hechos de que se la acusaba». Sin embargo, raza y afiliación de Angela Davis han sido los elementos principales de su vida y de su persecución. Angela nació el 26 de enero de 1944 —tiene, por consiguiente, veintiocho años— en la terrible —para un negro— ciudad de Birmingham, en Alabama, puro centro de segregación racial y de la máxima brutalidad en la represión a los intentos de integración. Angela es hija de una familia acomodada; su padre es dueño de una estación de servicio y ello la permitió salir del Estado para estudiar. Se fue al colegio mixto de Elizabeth Irwin (Nueva York); obtuvo una beca en la Universidad Brandeis, de donde salió diplomada en francés. Un año en la Sorbona de París, un año en el Instituto de Estudios Sociales de Francfort y, probablemente, los primeros contactos en Europa con la política: Marx, en Francia; la «escuela de Francfort», en Alemania occidental... De vuelta a los Estados Unidos, en 1967 preparó su doctorado en la Universidad de San Diego, en California. Tesis: «El análisis kantiano de la violencia en la Revolución francesa». Director de la tesis, Herbert Marcuse... «Es —dijo Marcuse— la alumna más inteligente que he encontrado en treinta años de enseñanza». Pero Angela Davis se hizo militante comunista. Entró en el PC de los Estados Unidos («porque el marxismo de partido desarrolla la conciencia de clases», explicaría ella) por intermedio del Club Che-Lumumba, rami-ficación especializada en problemas negros. Pero el Partido Comunista preconiza en los Estados Unidos también un sistema de coexistencia pacífica, y pretende que la solución del problema racial ha de encontrarse por la vía pacífica. Este no parecía ser enteramente el punto de vista de Angela Davis que, sin salir del partido, se relacionó con los Panteras negras.

En 1969 fue contratada por la Universidad de Los Angeles como profesora de Filosofía. Casi inmediatamente, los administradores de la Universidad advirtieron su error: Angela Davis era una activista, participaba en todas las reuniones políticas, pronunciaba discursos en los mítines; la vigilaba el FBI, la CIA, recibía amenazas de los segregacionistas. Pero tuvo que esperar a que cumpliera el año para rechazar la renovación de su contrato. Fue poco después cuando comenzó la aventura que la llevó a la huida, a la cárcel y, ahora, a la libertad.

La aventura no ha terminado. Probablemente el fiscal recurrirá y habrá un nuevo juicio. Pero mientras se celebre, Angela Davis, en libertad, constituirá uno de los blancos preferidos para los pistoleros. ■ J. A.